El reloj que prefería esperar

Por Shyvirelle

Comedia breve en un acto para tres intérpretes. Duración orientativa: 8–10 minutos, según el ritmo de diálogo y las pausas de acción.

Reparto

Marcos: adulto, hermano de Vera, orgulloso de su puntualidad y demasiado atento a su reloj.

Vera: adulta, hermana de Marcos; amable, irónica y decidida a lograr una conversación verdadera.

Nora: adulta, prima de ambos; inventa formas poco convencionales de saludar.

Espacio y utilería

Una sala de reunión familiar sin decoración imprescindible. Solo dos sillas y un reloj de pulsera de utilería que Marcos pueda ponerse y quitarse. No se necesitan sonidos, iluminación especial ni objetos adicionales. Los tres personajes permanecen a la vista y las entradas y salidas se realizan por un lateral imaginario.

Escena única

Vera y Nora esperan de pie junto a las dos sillas. Han preparado una visita tranquila. Entra Marcos por un lateral. Consulta el reloj antes de mirar a las dos.

VERA. ¡Hola, Marcos!

MARCOS. Diecisiete y seis. Llegué un minuto antes de lo que esperaba.

NORA. Qué forma tan precisa de decir hola.

MARCOS. Perdonad. Hola. Diecisiete y siete.

VERA. No hace falta que informes de la hora cada vez que saludas.

MARCOS. No informo. Comparto. El tiempo es lo único que tenemos todos en común.

NORA. Pues yo venía a compartir una tarde. Es más fácil de llevar que un minuto.

Marcos consulta el reloj. Nora lo observa, y Vera invita con un gesto a sentarse. Marcos ocupa una silla, pero se levanta en seguida para mirar mejor la esfera.

VERA. Hemos hecho un trato. Queremos darte un saludo completo.

MARCOS. Os he saludado dos veces.

NORA. Nos has dado dos horas. El saludo venía detrás y llegó cansado.

MARCOS. Mi reloj es el más puntual de la familia. No encuentro el problema.

VERA. El problema no es que funcione. El problema es que siempre entra a hablar antes que tú.

MARCOS. Eso es una exageración.

NORA. Hagamos una prueba. Yo digo «qué alegría verte» y tú respondes sin consultar nada redondo, cuadrado o con números.

MARCOS. El reloj no es cuadrado.

VERA. Primera dificultad: ha contestado describiendo el reloj.

Nora se coloca frente a Marcos y extiende los brazos en un saludo amplio. Marcos coloca la muñeca cerca de su pecho, a la vista.

NORA. Qué alegría verte.

MARCOS. Igualmente. Has tardado seis segundos en abrir los brazos.

NORA. ¿Los has contado?

MARCOS. No. He mirado. No es lo mismo.

VERA. Segundo intento. Nora, cambia de sitio conmigo.

Vera y Nora intercambian sus posiciones. Marcos gira sobre sí mismo para mantener el reloj iluminado.

VERA. Bienvenido. Me alegra que hayas venido.

MARCOS. Gracias. Son las diecisiete y…

Se interrumpe; Vera y Nora lo miran en silencio.

MARCOS. …y estoy encantado de haber llegado. ¿Ves? Puedo hacerlo.

NORA. Lo has conseguido por media frase. Estamos avanzando.

MARCOS. Me parece un juego poco justo. Tenéis dos personas contra un reloj.

VERA. Tenemos dos personas a favor de otra persona. No metas al reloj en el equipo contrario.

MARCOS. Si lo dejo de mirar, perderé la costumbre de ser puntual.

NORA. No se te borrará el lunes del calendario. Además, ya has llegado.

Nora se sienta. Vera se queda en pie a un lado de Marcos, que revisa su muñeca casi sin darse cuenta.

VERA. Cuéntanos cómo te ha ido la semana.

MARCOS. Bien. El martes perdí exactamente ocho minutos porque una tienda no abrió cuando decía.

NORA. ¿Y qué compraste?

MARCOS. Nada. Me fui al ver que no abrían.

NORA. Entonces el dato importante es que no compraste nada.

MARCOS. Para ti.

VERA. ¿Y el miércoles?

MARCOS. Me encontré con un vecino que quería hablar. Eran las…

Las otras dos levantan una mano, sin tocarlo.

MARCOS. …estaba yo saliendo. Le dije que podíamos hablar en otro momento.

VERA. ¿Hablaste con él después?

MARCOS. No sé. No volvió a coincidir conmigo.

NORA. Tal vez el otro momento necesitaba una dirección, no una hora.

VERA. Nora llevaba toda la semana queriendo darte una noticia. Vamos a comprobar si puedes escucharla sin preguntar a qué hora ocurrió.

MARCOS. Puedo escuchar una noticia. No soy una máquina de fichar.

NORA. ¿Recuerdas el taller de cerámica al que me acompañaste hace años? Aquel donde no supe si entrar porque las piezas de la ventana eran mejores que las mías.

MARCOS. Lo recuerdo. Llegamos antes de que abrieran, dimos una vuelta a la manzana y al volver…

NORA. Y al volver entré. Lo importante viene ahora: me han ofrecido encargarme del taller durante una temporada.

MARCOS. ¿Desde cuándo?

NORA. Buena pregunta para otro momento. Primero quiero saber si te parece una locura.

MARCOS. No. Me parece estupendo. Tienes paciencia, y a mí me enseñaste a pegar el asa de una taza sin hacer un desastre.

NORA. Eso fue con barro fresco, no con pegamento. Pero gracias. Estaba nerviosa y quería contártelo a ti antes de decidir.

MARCOS. Entonces no has dicho que sí.

NORA. Todavía no. Me da miedo tener gente esperando mis instrucciones, como si yo tuviera que saberlo todo.

VERA. Mira qué noticia. No necesita un minuto exacto. Necesita que le preguntes qué le preocupa.

MARCOS. Nora, ¿qué es lo que más te preocupa?

NORA. Que los demás crean que no puedo equivocarme. ¿Ves? Eso era lo que esperaba que me preguntaras.

MARCOS. Pues en eso te puedo ayudar. El día que me enseñaste la taza, rompí el asa dos veces. Aprendí más preguntándote que mirando cómo pasaba el tiempo.

VERA. Has estado hablando un buen rato y no has consultado el reloj.

MARCOS. Ya me di cuenta. Por eso iba a mirarlo ahora.

NORA. No hagas una inspección del éxito. Déjalo aquí, que seguimos.

Marcos se sienta en la silla libre. Mira a Nora. Parece dispuesto a hacer una pregunta, pero consulta la muñeca.

MARCOS. ¿Cuánto tiempo vais a quedaros?

VERA. Ese es otro problema.

MARCOS. Era una pregunta normal.

NORA. Es normal preguntarlo si necesitas marcharte. No si acabamos de encontrarnos y todavía no nos has mirado a la cara.

MARCOS. Os estoy mirando.

NORA. Ahora sí. Por eso te lo digo ahora.

VERA. Estamos aquí porque hace mucho que no nos sentamos los tres sin hacer otra cosa a la vez.

MARCOS. Yo tampoco estoy haciendo otra cosa.

Las dos miran el reloj. Marcos lo cubre con la palma contraria.

MARCOS. Está bien. Estoy haciendo una cosa pequeña.

NORA. Muy pequeña, pero con una opinión enorme.

VERA. Tercer intento: un saludo sin palabras. Nora, ven aquí.

Vera se coloca en un extremo; Nora se pone delante de Marcos y le ofrece un apretón de manos. Marcos mira primero la muñeca con el reloj y luego la mano ofrecida. Trata de dar la mano con el mismo brazo en el que lleva el reloj; el gesto queda torpe, pero no peligroso.

MARCOS. Un momento. Así no puedo ver…

Se detiene al advertir que ha dicho «un momento». Nora mantiene la mano extendida, sin exagerar la espera.

MARCOS. Hola.

Le da la mano. Nora sonríe. Vera inicia un aplauso silencioso, moviendo solo los dedos.

NORA. Eso ya es un saludo. Cortito, pero tiene dueño.

MARCOS. No os alegréis demasiado. Podría repetirlo y tardaría menos.

VERA. No vamos a cronometrar una muestra de cariño.

MARCOS. En casa, la abuela habría dicho que nos estamos complicando la vida.

NORA. Ella nunca tenía prisa para dejar hablar a alguien.

MARCOS. Sí que tenía. Si el pan se pasaba, lo sacaba del horno. Si había que salir, salía. Lo que no hacía era interrumpir a una visita para demostrar que conocía la hora.

VERA. Eso me gusta. ¿Cómo sabía que la visita quería quedarse?

MARCOS. No lo preguntaba al llegar. Se daba cuenta de algo.

NORA. ¿De qué? Por favor, no digas «del segundero».

Marcos mira la esfera, pero esta vez no lee nada en voz alta. Lentamente desabrocha el reloj y lo sostiene.

MARCOS. Voy a enseñároslo. Necesito estas dos sillas.

VERA. Son todas las que tenemos.

MARCOS. Perfecto. Una visita llega y se queda de pie así, cerca de la puerta, porque todavía no sabe si estorba.

Marcos coloca las dos sillas separadas. Indica a Nora que permanezca de pie junto a una de ellas. El reloj queda sujeto entre dos dedos de Marcos; no lo consulta.

MARCOS. La abuela no le decía «tienes cinco minutos». Movía una silla un poco hacia la otra, para que hubiera sitio en la conversación. Como esto.

Acerca una silla a la otra, dejando un paso cómodo. Se vuelve hacia Nora.

MARCOS. Si te apetece quedarte, aquí cabe lo que tengas que contar.

Nora se sienta. Marcos permanece a su lado, sorprendido por lo sencillo del gesto.

NORA. La abuela entendía algo que tu reloj no tiene escrito.

MARCOS. Las ganas de hablar con alguien no se miden bien en minutos.

VERA. ¿Y qué hacía cuando la visita de verdad tenía que irse?

MARCOS. La acompañaba. No la retenía para demostrar que podía esperar. Esperar era darle la oportunidad de decidir.

Vera ocupa la segunda silla. Marcos mira el reloj que aún sostiene. Lo abrocha al respaldo de una silla.

NORA. ¿Vas a sobrevivir sin tu gran campeón de la puntualidad?

MARCOS. Si alguien lo necesita, que lo mire. A mí me basta saber que he llegado.

VERA. Entonces voy a intentar el saludo una última vez. Hola, Marcos. Qué bien que estés aquí.

MARCOS. Hola, Vera. Me alegra verte. Hola, Nora. También me alegra verte.

NORA. Tres frases y ni una cifra. Debemos de estar viviendo un acontecimiento histórico.

MARCOS. No hagas un acta. Se me ocurriría apuntar la hora.

Ríen sin prisa. Marcos se queda de pie cerca de las dos sillas, formando parte del grupo.

VERA. Ahora sí. Cuéntanos algo que no se pueda poner en el reloj.

MARCOS. El vecino del miércoles me habló de una huerta que cuida entre edificios. Le prometí ir a verla y después no supe cómo volver a encontrarlo. Me da vergüenza contarlo, pero creo que quería enseñármela porque estaba orgulloso.

NORA. Podemos ir un día contigo. Si quiere enseñarla, tendremos tiempo de mirar las plantas.

MARCOS. Me gustaría. Y quiero escuchar qué habéis hecho vosotras. Sin preguntar cuándo empezasteis ni cuánto tardasteis.

VERA. Tengo una historia larga.

MARCOS. Mejor. Estoy aquí.

Nora mira de reojo el reloj en el respaldo, pero no lo toca. Vera comienza a hablar en voz baja mientras Marcos escucha con atención. Las tres figuras permanecen juntas; no hay señal de despedida ni límite anunciado.

FIN.